

El muchachito de los peces y panes

Entre todos los milagros que hizo Jesús, existe uno solo que es narrado por los cuatro evangelistas: la multiplicación de los panes. Sin embargo, sólo Juan se preocupa de transmitirnos un detalle que los otros tres han pasado por alto: el muchachito que llevó los cinco panes de cebada y los dos peces. Ni Mateo, ni Marcos, ni Lucas repararon en la presencia ni el papel de este joven en este milagro de Jesús... como si panes y peces hubieran caído del cielo. Por esta misma razón, hasta el día de hoy, al hablar de este pasaje, predicadores y comentaristas se siguen olvidando del chico que hizo posible tan significativo milagro de Jesús. Sucedió de la siguiente manera:

Los doce apóstoles acababan de regresar gozosos de predicar la Buena Nueva de salvación, y contaban alegres y entusiasmados a Jesús todo cuanto habían hecho y cómo hasta los espíritus inmundos les obedecían. Sin embargo, se les acercaba tanta gente que no les era posible comentar con Jesús los milagros, curaciones y prodigios que se habían realizado en su nombre.

Entonces Jesús les dijo: "Vengan aparte conmigo a un lugar solitario y descansen un poco". Dejando a la gente, subieron a la barca de Pedro y comenzaron a cruzar el lago. Pero ni Jesús ni los apóstoles contaban con la astucia y la intuición de la muchedumbre que adivinó sus intenciones y de todas las ciudades y comarcas concurrieron a la otra orilla donde Jesús debía desembarcar. El número de personas que daba la bienvenida a Jesús, era mucho mayor que el que le había despedido en la orilla. Nos cuenta graciosamente el evangelio que la gente llegó antes que el mismo Jesús y sus apóstoles. Desde lejos, el Maestro percibió que toda esa multitud lo estaba esperando. Se quedó contemplando por un largo rato a todos y cada uno: estaban tan vejados y abatidos... como ovejas sin pastor; y sintió compasión de ellos en lo más profundo de su ser.

Bajaron todos de la barca y Jesús comenzó a enseñar y predicar el misterio del Reino de Dios, sanando a todos los enfermos que tenían necesidad de curación. La gente jamás se cansaba de escuchar al Maestro, y nadie se quería retirar, a pesar de que la tarde comenzaba a declinar; el cielo teñido con colores rojos, naranjas y amarillos anunciaba la proximidad de la noche.

Los apóstoles se dieron cuenta del grave problema que se avecinaba: ¿qué haría toda esa gente? Pedro estaba nervioso y se tronaba los dedos. ¿Por qué Jesús no acertaba un poquito su sermón, para que la gente regresara todavía con luz y buscara qué comer? Jesús, por su parte, parecía no inmutarse por las sombras de la noche que hacían perder la transparencia del ambiente.

Lo que tenía que pasar, pasó: los ingenuos discípulos decidieron intervenir para ordenarle al Maestro lo que tenía que hacer, ante el problema que cada momento se hacía más agudo. Cuentan los tres sinópticos que los Doce se le acercaron con premura, y con voz imperativa y presurosa le dijeron angustiados: "Pero, Señor, ¿qué no te has dado cuenta de que estamos a la mitad del desierto y se está haciendo de noche? Despide a toda esta gente, para que vaya a los pueblos vecinos y busque qué comer...".

Jesús les escuchó. Pero, afortunadamente, no les hizo caso. Más bien, les contestó con asombrosa paz y serenidad: La gente no tiene necesidad de irse. Denles ustedes de comer... Ustedes son los que ahora tienen que solucionar el problema. Ustedes saben lo que se debe hacer...".

Ellos retorcieron la boca de incredulidad y se quedaron pensando qué quería decir Jesús con esas palabras tan misteriosas. ¿Cómo podrían darles alimento a tantas personas hambrientas?

Judas y Mateo comenzaron a contar el dinero que había en la bolsa. Era tan poco, que ni caso tenía tomarlo en cuenta. Por eso, alguno de ellos replicó: "Doscientos denarios no serían suficientes para darle de comer un pedacito de pan a cada uno de estos...".

Jesús nada respondió. Simplemente movió negativamente su cabeza, como para darles a entender que ese no era el camino. Con su silencio también les quería decir: Ustedes pueden darles de comer, porque me tienen a mí. Ustedes tienen la solución, porque yo estoy con ustedes. Es en mí donde van a encontrar el pan para las multitudes hambrientas. Por tanto, sólo tienen que recurrir a mí con lo que ustedes tienen y son. Luego, él mismo les ayudó a buscar la solución: "¿Cuántos panes tienen?".

Dios hace el milagro con lo que tenemos. Los discípulos comenzaron a ver qué era lo que tenían. Andrés, el hermano de Pedro, fue con Jesús y le dijo: "Aquí hay un chico que tiene cinco panes de cebada y dos peces...".

Toda multiplicación, como en este caso, depende de dos factores:

- De cuánto se tiene. No importa si es mucho o poco. Lo esencial es partir de la realidad concreta.

- De Jesús que, aceptando esa realidad, la va a transformar.

Aunque el hecho parece demasiado sencillo, se deben notar varias cosas: Existe una persona que ofrece lo que tiene, y él no es menos importante que la mercancía que portaba, aunque predicadores y comentaristas hablen más de sus peces y panes que de él mismo. Por otro lado, el hecho de que conservara su mercancía, a pesar de la gran demanda que de ella había, nos invita a pensar en varias cosas:

Había salido de su casa al amanecer, pensando que con la venta de su cargamento iba a remediar en algo la difícil situación de su hogar. Cantando un himno de amor y alegría le sorprendió la Luz del mundo, Cristo Jesús, que predicaba palabras de vida eterna a una inmensa multitud. Olvidó sus peces y sus panes y con ellos sus necesidades, para pasar la mañana entera escuchando en el desierto al predicador de Buenas Noticias.

Por la tarde, ya todo mundo estaba hambriento. En esta embarazosa situación, no faltó quien comenzara a buscar alimento. Algunos se dieron cuenta, como más tarde Andrés, de que ese muchachito de catorce años tenía una cesta de paja donde guardaba unos pececillos y algunos panes.

Alguien le preguntó en voz baja cuánto costaba cada pan. Otro, sacando un denario, le ofreció el doble que pidiera; y no faltó una señora que le quería comprar toda la canasta. Sin embargo, él nada vendió. Sentado con su cesta entre las piernas, escuchaba la palabra de Jesús y no estaba dispuesto a negociar, aprovechándose de la popularidad del famoso predicador.

Ciertamente se le estaba presentando una maravillosa oportunidad para hacer un gran negocio. La ley de la oferta y la demanda estaba a punto de retribuirle abundantes beneficios económicos. Por otro lado, entre más tiempo pasara, habría más hambre; y por tanto, si lo acaparaba, más caro podría vender su producto.

Alrededor del muchacho se habían sentado los que pensaban que el alimento se vendería en subasta al mejor comprador, y sólo esperaban que el muchacho se decidiera a dar principio a la competencia de precios. Gracias a los que lo rodeaban, fue que Andrés pudo localizarle y llevarle frente a Jesús, con su cesta de paja que guardaba el fresco pan y los pescados envueltos en hojas de palmera.

El muchachito no le envió sus panes y sus peces a Jesús, sino que él, personalmente, fue a llevárselos. Y con esto se entregaba el mismo. El quiso tener un

encuentro con Jesús. Antes de darle sus cosas, se encontró con Jesús, se dio él mismo. Jesús tomó los panes y los peces en sus manos. Los bendijo y los dio a los apóstoles, los cuales a su vez los repartieron a unos cinco mil hombres. El Evangelio atestigua que todos comieron hasta saciarse.

Al terminar de comer toda aquella multitud, los apóstoles comenzaron a recoger lo sobrante en doce canastos. Todos daban las gracias a Jesús, como a sus apóstoles, por el alimento de esa tarde, pero nadie se acordó ya del muchachito que había ofrecido su mercancía, para que todo mundo hubiera podido comer. El simplemente llenó otra vez su cesta con peces y panes multiplicados por Jesús.

Jesús no sacó el alimento de la nada, sino precisamente de lo que este muchacho le había ofrecido.

Jesús realiza los milagros partiendo de lo que somos y tenemos; sea poco o mucho, él hace la multiplicación. Más, Para que sea posible una multiplicación es necesario que los factores no sean ceros. Dios puede multiplicar lo poco que tengamos, con tal que lo pongamos a su disposición.

Cuando Dios y el hombre colaboran en una obra salvífica, las fuerzas de ambos no se suman, sino que se multiplican. Allí está el milagro. Entre los hombres las fuerzas se suman, entre Dios y el hombre se multiplican.

Jesús fue quien multiplicó el pan, pero no fue él quien lo dio a la muchedumbre. Fueron los discípulos quienes lo repartieron a toda la gente. Jesús les había dicho: "Dadles vosotros de comer"; pero nunca les dijo: "Multipliquen los panes y los peces". Sólo les pidió que ellos ofrecieran lo que tenían, para hacer el milagro.

El milagro de la multiplicación lo hizo Jesús, pero no se debe olvidar que también fue posible gracias al muchacho de la canasta de paja, al cual nadie le dio las gracias; al muchacho del cual se olvidaron tres evangelistas, y el cuarto apenas si lo evoca. El milagro comenzó con sus dos peces y cinco panes.

Este joven es uno de los olvidados del Evangelio, pero que nos enseña que lo poco o mucho que tengamos, con tal de que sea puesto en las manos de Jesús, él lo va a bendecir, partir y repartir a las muchedumbres hambrientas del pan de vida. Dios hace los milagros con nuestra materia prima, aunque sean panes de cebada.